

# Los amigos de Galdós

EN Toledo—si no ahí, ¿dónde?—se puso el domingo la primera piedra, sin bendiciones, sin requilorios solemnes, sencillamente, como a Galdós le hubiera placido, de la sociedad o hermandad que rinde amistad después de la muerte del amigo.

Es costumbre sepultar con la piedra angular de un monumento medallas, monedas, periódicos y un documento firmado por los concurrentes. ¿Qué se enterró el domingo en Toledo? Nada que pudiera ser tomado como nido de urracas; fueron sepultados prejuicios y con ellos un refrán y un dicho que el malévolo, egoísta y socarrón pre-juzgar tienen por sillar o fundamento. Muy hondo se soterró el bellaco: «A muertos y a idos no hay amigos». ¿No ha de haberlos? En Toledo estuvieron, ya en presencia, ya en telegráficas o epistolares adhesiones, hasta medio centenar de amigos de Galdós, enterradores de ese adagio y de la burlesca exclamación: «¡Qué amigos tienes, Benito!»

Se convocó por medio de la carta-circular que creo merece ser publicada, y que dice de esta manera:

«Madrid, 9 de abril de 1923.

Señor don...

Querido amigo: Deseamos que algunos de los más señalados amigos de Galdós—amigos de su espíritu, devotos de su obra—nos aproximemos en una especie de fraternidad comunicativa, y que esta comunicación dé por fruto alguna obra común por donde se enaltezca y reavive la memoria del maestro.

Hemos hecho notar una lápida austera, con una epigrafía memorial, en la casa toledana que Galdós habitó a tiempo en que trató, íntimo y constante, con los personajes novelescos de su propia creación; no por ideales menos vivos y corpóreos, se apercebía a perpetuarlos, y con ellos, a la gran urbe milenaria, en ese poema moderno que se titula *Angel Guerra*.

El próximo domingo, día 15, saldremos de Madrid para Toledo en el tren de las ocho en punto de la mañana. Allí, agrupados, nos dirigiremos a descubrir la lápida: un simple acto de reverencia, recatada y entrañable, recordando que Galdós, tanto como en las posibilidades maravillosas de la palabra escrita, nos adoctrinó en la majestad del silencio oral.

Luego nos reuniremos en una refeción de veraz amiganza en el culto al maestro; colaboraremos en definir nuestros propósitos venideros; y al estrecharnos todos en concordia las manos, quedará asentada nuestra comunidad de *Los Amigos de Galdós*. No dudamos que usted nos honrará con su compañía y su consejo.

Como es preciso conocer de antemano el número aproximado de los que hemos de ir, le rogamos nos conteste tan pronto como le sea posible si podemos contar con usted.

Con la consideración más distinguida

de sus amigos, José Hurtado de Mendoza, Gregorio Marañón, Ramón Pérez de Ayala.

Y el pasado domingo, a las diez y minutos de la mañana, en la espiritualmente considerada Plaza Mayor de España, en el Zocodober. De allí, a la plaza del Ayuntamiento, y de esta plaza, a la calle de Santa Isabel, a descubrir la lápida, bellamente esculpida; la elegante leyenda. En la casa donde se ha puesto había una hospedería o casa de huéspedes, y allí se alojó Galdós, y allí escribió *Angel Guerra*. Ni voceros, ni música, ni enlevitados caballeros; los amigos, y el gobernador y el alcalde de Toledo, más como amigos que a título de autoridades. Tiró del cordón el sobrino de Don Benito; el Sr. D. José Hurtado de Mendoza, que tanto le recuerda, así en lo físico cual en no pocas ni pequeñas condiciones morales, descubrió la lápida; vitoreó a Galdós, a Toledo y a España el gobernador, y el apóstol predilecto, el San Juan bien amado del maestro, apoyada la espalda en la pared como un hidalgo que pela la pava, leyó unas bien pensadas y bien escritas cuartillas, que centuplicaron la ya permanente emoción de aquel grupo de amigos.

El aire diáfano de Toledo, su claro cielo, muy alto y muy azul; el sol brillante, las flores que adornaban algunos balcones y ventanas de la calle; los pájaros que revoloteaban y piaban en lo alto, como chicuelos, y los chiquillos que, como pájaros, chillaban, pugnaban por ver y oír, no se estaban quietos un momento, ignorantes de que ellos—hijos de los hombres, que alegran la vida—constituyen en toda fiesta galdosiana el primer personaje; la calle, más ancha de lo que suelen ser las vías toledanas; rostros de bellas toledanas en los miradores; alguna vieja—en Toledo y en Sevilla, las mujeres viejas son simpáticas, se parecen a la Santa Ana del Greco y de Murillo—, algún clérigo curioso y algún caballero alumno de la Academia, curioso también, formaban un ambiente, un ilustre senado, un escenario y unos espectadores dignos del amador de Toledo, del autor de *Angel Guerra*.

Allí D. José, el deudo y fraternal amigo; allí Victoriano, el secretario, escudero y amigo también; allí Paco, el fiel lazarillo; allí Matos y los Mejías, paisanos de Canarias; allí novelistas que a gala tienen el ser llamados discípulos: López Roberts, Pérez de Ayala, Répide, Insúa, Catá; críticos como los insignes Gómez de Barquero y Manuel Bueno; el burlón sentimental, el subversivo respetuoso con lo

respetable, Luis de Tapia; la Facultad, como él llamaba cariñosamente a Gregorio Marañón; los pintores Vázquez Díaz y Bartolozzi; los críticos de Bellas Artes, Francés y Alcántara; el imponderable arreglador al teatro de *El amigo Manso*, señor Acebal; los jueces honorarios de Toledo, Sres. Hoyos Sáinz y Angel Vegue... Todos allí. No faltaba más que D. Benito. Pero ¿faltó? Evocó su espíritu Ramón Pérez de Ayala en conceptos que sublimes parecieron a cuantos los escucharon, y la emoción que agitó las almas dijérase provocada por el soplo de aquel espíritu inmortal.

Los amigos de Galdós, preocupados y conmovidos por lo que habían oído leer a Pérez de Ayala, desfilaron en silencio, y como si acordaran tácitamente no profanar en este día la gran ciudad, fuéronse a las afueras, junto a las ruinas del circo romano y del Hospital Tavera, designaron a los señores Mercadal, González Blanco (Don Andrés) y Marquina (D. Rafael), como secretarios; repartieron trabajos, recordaron obras de Galdós, evocaron su figura y marcharon a los Cigarrales, descansando unos momentos en el artístico del doctor Marañón. Y de allí, a la estación, no sin dar vista al parador de las Almas, que en la novela toledana de Galdós figura.

Este fué el acto inaugural de una Asociación nueva en España: la de Los Amigos de Galdós.

Tiene dos significados educadores del pueblo español: el uno consiste en la mutua tolerancia; el otro, en la adhesión póstuma y perfectamente desinteresada a un ingenio preclaro, a un escritor, a un artista. Ambas significaciones son raras en España. Es todavía más rara la primera que la segunda. Aunque no sea más que por vanidad, ya nacional, ya regional, ya local, ya de escuela o de partido, solemos pronunciar con dejo admirativo el nombre de un egregio escritor, aunque desconozcamos sus libros. Estos amigos de Galdós quieren releer los libros del maestro y despertar en los más rudos o descuidados las ganas de leerlos. Quieren que viva el escritor, ya que es imposible conservar vivo al hombre.

Es achaque muy nacional el rehusar tributo cariñoso, admirativo, al genio que no en todo y por completo se amolde a nuestras creencias e ideas y aun a nuestros caprichos. ¿Fué en vida religioso? Los heterodoxos le repudiarán. ¿No fué en sus escritos ortodoxo purísimo? Le maldecirán casi todos los fieles y todos los fariseos. ¿Fué republicano? Los monárquicos le desdeñarán. ¿Fué monárquico? Los republicanos se apartarán, hostiles, de todo homenaje. Si escritor romántico, le rechazarán clásicos, realistas y ma-